

Muerte en la entrega de premios - Capítulo 1

La entrega de premios

No parecía que esa entrega de premios fuera a ser diferente a las muchas otras a las que había asistido anteriormente. No podía haber estado más equivocado.

Se recuperaba el museo Reina Sofía para la ceremonia de encumbramiento económico de un autor que ya lo hubiera conseguido todo en el ámbito literario, mediático o ambos. Los dos últimos años no pudo realizarse por todas las restricciones a las reuniones asociadas a la pandemia. Los altos ejecutivos de Universo, la editorial que concede el premio de mayor dotación económica del mundo, culpaban a esa anómala circunstancia los malos resultados de ventas de las novelas ganadoras, obviando que el confinamiento había tenido una influencia positiva en el mercado literario, con todo el mundo obligado a pasar el día en casa. Para mí y para casi todos los críticos literarios y aficionados a la lectura, las razones eran otras: las dos novelas que recibieron el beneplácito del jurado eran mediocres pese a la relevancia de sus autores.

Busqué excusas para no ir porque me había despertado con un molestísimo dolor de cabeza; al fin y al cabo, ninguno de los medios para los que trabajo me había encargado cubrir el evento. No lo harán hasta que no haya expiado el pecado de haber escrito un artículo titulado «La farsa del premio Universo». En él sugería lo que todo el mundo sabe: que el premio está asignado de antemano. El hecho de no afirmarlo explícitamente no fue coartada suficiente para evitar sufrir un ostracismo total como

represalia. No sé qué se me pasó por la cabeza para hacerlo. La verdad es que fue un gesto bastante inútil del que solo he obtenido sinsabores.

Al final me sentí mejor y me dije que no podía desaprovechar una invitación que tanto me había costado conseguir. Me puse el traje reservado para las grandes ocasiones, lo adorné con mi mejor y única corbata y me presenté dispuesto a pelotear al máximo a todos los peces gordos de Universo con los que pudiera encontrarme, con la esperanza de que volvieran a asignarme trabajos que ayudaran a superar mi permanente crisis económica y hacer méritos para que publiquen por fin mi novela *Herencia*, la culminación de mi obra. Tras un par de novelas no puestas demasiado mal por la crítica, pero sin apenas repercusión comercial, esta era la definitiva. Yo lo sabía, mis lectores beta lo sabían, y, lo más importante, mi editor también; hasta me había «sugerido» que si la presentaba al Universo podría optar al premio de finalista como paso previo a obtener el «gordo». Eso fue antes de que leyera el artículo y archivara *Herencia* hasta que se le pasara el cabreo. Ya vamos para dos años de ello.

Hay que ver cómo la jodí, con lo bien que me había encaminado.

Al llegar a la entrada, mi ánimo sufrió un bajón y mi dolor de cabeza un subidón al apreciar la cantidad de gente que se apelotonaba para recoger las acreditaciones. Resistí la tentación de volverme por donde había venido y me puse a la cola dispuesto a que llegara mi turno. Delante de mí me topé con una mujer morena ataviada con un chaquetón ceñido de cuero negro y vaqueros, pese a que era una cena de gala, con tacones. Buen tipo,

me dije. Ladeé la cabeza para, disimuladamente, apreciar el perfil de su rostro. Piel pecosa de pelirroja, ojos y pelo negros azabaches, a juego con su ropa, como los de la pantera a la que me recordaba su forma de moverse. La nariz quizá grande para los estándares de belleza al uso; los labios demasiado finos

A mí no me gustan los estándares.

—¡¡¡Leo!!! —interrumpió mis elucubraciones sobre mi atractiva compañera oír mi nombre exclamado casi desde el otro lado de la sala.

Me giré para buscar la fuente de sonido. Era Domingo Dulce, mi editor, el que, por culpa de mi indiscreción y gracias al anticipo que les debía, mantenía secuestrada mi novela. Y también el director editorial de todo el imperio de Universo y presidente del jurado del premio que se daba ese día. Estaba junto a su jefe, el famoso empresario Ricardo Cuervo, y un grupo de políticos, del gobierno y de la oposición. Me hizo un ademán para que me acercara a él que me pareció no amenazador. Le indiqué con gestos que estaba a punto de tocarme y que no quería hacer la cola de nuevo. Frunció el ceño, Domingo no es de los que esperan, pero al final asintió. Estaba seguro de que no me llamaba por educación, y que no habría olvidado la afrenta de mi artículo, sino que querría que le hiciera algún favor; no obstante, mi corazón se aceleró: una oportunidad de empezar a congraciarme con la industria que me da de comer tras tanto tiempo de ostracismo.

—Tina Iraola, con i latina —solicitó su acreditación mi antecesora.

La azafata se puso a rebuscar entre un sinfín de tarjetas sin éxito. Impaciente, la chica se giró y pude observar su rostro de

frente. Sus ojos, preciosos, su frente, regia. Su nariz, además de grande, un poco torcida por algún golpe que no se había corregido. La combinación imposible entre su piel de irlandesa y su pelo y ojos de gitana le proporcionaban una belleza exótica e inolvidable. Definitivamente su rostro mantenía el nivel con respecto a su tipo.

—Soy una de las finalistas del premio, quizá mi acreditación esté apartada —sugirió tras volverse de nuevo hacia la azafata. Mi interés en ella aumentó.

En ese momento la azafata encontró la tarjeta de Tina y se la dio. Se disculpó diciendo que habían escrito su nombre con y griega. No, no estaba apartada en el lugar de privilegio que merecerían los diez finalistas del premio, las teóricas estrellas de la ceremonia de hoy. Nuestras miradas se cruzaron un segundo cuando, con la acreditación con su apellido mal escrito al cuello, se giró para abandonar la cola que habíamos compartido. Apartó la suya de inmediato. Creí percibir un ligero rubor en sus pecosas mejillas, quizá avergonzada por haber sugerido que, como una de los diez finalistas del premio literario más importante, en términos económicos, de España y del mundo, pudiera haber merecido un trato especial. Si supiera.

Me apresuré a pedir mi acreditación con la esperanza de que la azafata no tardara tanto como con Tina para ver qué podía querer Domingo. No lo hizo, Grande solo puede estar archivado en la ge. Me abrí paso a empujones y enseguida me topé con la guapa finalista del premio, mucho más educada que yo. Observé que Domingo estaba todavía con su jefe, sin prestarme atención y, tras un momento de duda, no fuera que se hubiera planteado asignar

a otro la tarea que pudiera servirme de redención ante él, llegué a la conclusión de que si era así ya no tenía remedio, con lo que entablé conversación con ella mientras abría paso para los dos.

—Disculpa la indiscreción, pero he oído que eres finalista del premio. Si he oído bien, te llamas Martina —concluí mal a propósito para obligarla a hablar.

—Solo Tina —me contestó—. ¿Eres de la editorial?

—No, soy periodista.

—¿Y tu nombre?

Mira que no presentarme. Debíó ser que sus ojos negros me aturdían.

—Leonardo Grande.

—Leonardo Grande —repitió con una leve sonrisa. Entrecerró los ojos como intentando pensar si mi nombre le sonaba de algo.

—Ya sé que suena grandilocuente, pero peor hubiera sido que mis padres me hubieran puesto Pedro. —No pareció entender—. Pedro el Grande, el zar ruso. Le llamaban así porque era muy alto para la época.

—Tú eres bastante alto —dijo con una sonrisa divertida.

—Ves como hubiera sido peor.

No por repetido un chiste deja de perder su efectividad. La sonrisa de Tina se amplió. Aprovechamos que nos habíamos presentado adecuadamente para darnos los dos besos de rigor. Su aroma mantenía el nivel con respecto a su rostro y su tipo: espectacular.

—¡¡¡Leo!!! —Oí más fuerte que antes.

—Creo que te están llamando.

Una buena noticia, todavía quería algo de mí. Una mala, me alejaba de Tina. Improvisé:

—Es Domingo Dulce, el presidente del jurado del premio. ¿Quieres que te lo presente?

—Me moriría de vergüenza. Mejor en otra ocasión.

El mayor aliciente que tenía para la noche empezó a irse. Improvisé para conseguir una segunda parte en nuestra conversación.

—Se me ocurre que podría ser interesante un artículo sobre los finalistas del premio.

Mis palabras consiguieron su propósito y Tina se volvió hacia mí con una sonrisa divertida.

—Ahora caigo en por qué me sonaba tu nombre. He leído tu artículo «La farsa del premio Universo». ¿Quieres escribir una segunda parte? —No supe qué responder a eso. Menuda idea más mala. Tina continuó—: Esa persona tan importante te está esperando. Si te parece, nos vemos cuando oficialmente haya pasado al grupo de no ganadores del premio y tomamos algo.

Tan solo pude asentir. Observé cómo se daba la vuelta y entraba en donde nos servirían la cena de gala. Una mujer preciosa esa Tina Iraola. Como tantos otros había reconocido mi labor de periodista, pero no de escritor.

—Hola, Leo —oí decir a Domingo a mi espalda. Al final fue él quien se acercó. Un buen síntoma, me dije, no le vale cualquiera; por algún motivo me necesita—. Hace tiempo que no te veía.

—Hemos pasado una pandemia. No ha habido oportunidad.

—Cierto. ¿Qué tal te va?

—Bien de salud, todo lo demás es secundario.

Se rio enseñando su blanquísima dentadura, a juego con el prematuro color de su pelo y el traje con el que le gustaba llamar la atención. Nunca me atreví a preguntarle si lo hacía por admiración al fallecido Tom Wolfe o era una desafortunada coincidencia el que este se le hubiera adelantado. Ni yo ni nadie a quien discretamente le hubiera preguntado.

—¿Estás escribiendo algo nuevo? —me preguntó. Buen síntoma, me dije.

—Tengo varias ideas prometedoras, la más avanzada sería una secuela de *Herencia* —le recordé.

—¿Cómo se titula? —siguió mostrando interés.

—*Testamento*.

—Creo que es el momento de que retomemos tu obra —me dio esperanzas—. Antes, tengo que pedirte un pequeño favor —fue al grano, sin sorpresas.

—Por supuesto —respondí, sin molestarme en preguntar qué era. La oportunidad de congraciarme con Domingo era demasiado importante como para desaprovecharla.

—Había encargado a Luis que se sentara con los finalistas, pero no ha podido venir. Como tú ya lo has hecho antes eres la mejor opción.

Asentí obedientemente. Quedó a la espera de que dijera algo más. Comprobé mi acreditación.

—Supongo que ya lo has organizado. Estoy en la mesa nueve. ¿Es ahí?

Asintió, se dio la vuelta y se fue sin despedirse.

En cuanto se alejó lo suficiente lancé un fuerte suspiro. La típica venganza pueril de un narcisista. Obligar al autor de «La

farsa del premio Universo» a actuar de cicerone con los finalistas que están de relleno en su ceremonia de entrega. Es cierto que ya lo hice en el pasado, cuando todavía no era consciente de hasta qué punto el premio estaba asignado de antemano. Me consolaba pensando que era difícil que ninguno de ellos hubiera leído mi artículo, al fin y al cabo, había pasado mucho tiempo desde que se publicó, cuando caí en que Tina, una de ellos, me acababa de decir que lo había hecho. Cabizbajo, me dirigí hacia el interior de la sala, el dolor de cabeza de vuelta ante la posibilidad de que cinco o seis finalistas me acribillaran a preguntas sobre el susodicho artículo mientras los iban eliminando.

Encontré la mesa nueve en un lateral, bastante alejada del escenario, de forma que no llamara demasiado la atención. Ya estaban todas las sillas ocupadas menos las dos peores, las que daban la espalda al escenario. Tina no estaba.

—Volvemos a vernos —me dijo su voz a mi espalda—. ¿En qué mesa estás?

—Contigo, en la nueve —respondí mientras me volvía.

—¿Cómo sabes que estoy en la nueve? —me preguntó, suspicaz.

—Eres finalista sin pseudónimo. Estáis todos en la misma mesa.

—Los perdedores. —Descarté ningún comentario—. ¿Cómo es que han sentado al autor de un artículo en el que se insinúa que este premio es una farsa con los actores involuntarios de la misma?

—Es un papel que hice en el pasado: ser simpático mientras sois eliminados en la votación e invitaros a algo después. Me lo han pedido, más bien ordenado. No entiendo muy bien por qué.

—¿De verdad? —me preguntó. Me encogí de hombros y asentí, exigiéndole alguna explicación adicional—. Yo diría que es para ponerte en una situación lo más incómoda posible, por venganza.

—A esa conclusión he llegado yo, pero me parece un riesgo innecesario. Alguno de vosotros podría reconocer mi nombre y montar un lío.

—Yo, por ejemplo.

—No te veo montando un lío.

—¿No me ves haciéndolo o esperas que no lo haga?

—Ambas.

Me evaluó, antes de continuar, divertida. Señaló un cartel en la entrada.

—Ahí está la lista de asistentes —empezó—. Cuando me he dado cuenta de que la organización ha sentado a cuatro de los seis finalistas que nos hemos presentado sin pseudónimo en la misma mesa he ido a comprobar la lista de asistentes para ver si encontraba a los otros dos. Esos dos no han venido, pero he visto tu nombre en la misma mesa que el mío y me he preguntado por qué harían algo así. Ahora ya lo sé.

—Para putearme.

—Exactamente.

—¿Crees que alguien aparte de ti puede reconocer mi nombre? —pregunté señalando la tarjeta con el mismo enganchada a la solapa de mi chaqueta.

—Diría que no, pero siempre puedes quitártela y presentarte simplemente como Leo. —Asentí agradecido y seguí sus instrucciones—. ¿Nos sentamos? —finalizó.

—Una pregunta antes. —Me dio pie a ello con un gesto—. ¿Cómo es que te has presentado si sabías que no puedes ganar?

—Para que mi nombre apareciera como finalista y poder mandar mi novela a otras editoriales, claro. ¿No es eso lo que hacen todos?

—Te aseguro que no. Algunos lo sospechan, pero todos tienen la esperanza de que en su caso se produzca «la excepción que confirma la regla». Mi labor consistía, consistirá hoy de nuevo, en explicar lo que tú me has dicho: que vean esto como un gran paso adelante pese a no salir premiados, que Universo no es la única editorial y que la carta de presentación conseguida hoy les abrirá muchas puertas.

—Por lo que dices, intuyo que nadie de la editorial va a decirnos por qué han elegido nuestras novelas. —Asentí de nuevo—. Era consciente de que no iba a ganar, pero sí tenía la esperanza de que me dieran algunas indicaciones. No sé, soy en teoría uno de los diez finalistas, podrían haber tenido algún detalle.

—Una editorial como Universo no va a invertir en un autor desconocido dándole un premio de este calibre. El premio es simplemente una acción de marketing, tanto de la novela como de la editorial y de la corporación. E incluso de su dueño, Ricardo Cuervo, del que siempre se ha comentado que quiere pasar a la política. Si lo miras bien, les resulta hasta barato.

Asintió con una ligera inclinación de cabeza. Respondí a su queja anterior con una pregunta:

—¿Eres de Madrid?

—Sí, ¿por qué lo dices?

—Fíjate que si fueras de provincias te hubieras tenido que pagar el viaje y la estancia.

—Vaya cutrez.

—Ya te digo.

Nos quedamos unos segundos en silencio. Me dieron ganas de pasar de todo y decirle que nos fuéramos, que le invitaba a tomar algo y a cenar. Tina no me dio tiempo a decir esa tontería.

—¿Les vas a decir esto a mis compañeros finalistas?

—Preferiría no hacerlo. A raíz de mi artículo se me cerraron muchas puertas que intento reabrir.

—Volver al redil.

—No tienes ni idea de cómo han bajado mis ingresos y las oportunidades que he perdido.

Tina ladeó la cabeza e hizo un gesto de comprensión seguido por una inclinación hacia nuestra mesa. Nos sentamos uno al lado del otro de espaldas al escenario. Un camarero se acercó a preguntarnos qué queríamos beber. Omití la cerveza y fui directo al vino. Me bebí la primera copa de un trago y antes de que el camarero siguiera su camino hacia otra mesa hice que me la rellenara. Esa vez la vacié de dos tragos, con lo que no me dio tiempo a que me la rellenaran una tercera vez. En cualquier caso, el alcohol produjo en mí el efecto desinhibidor que lleva consiguiendo milenios y empecé a realizar mi labor asignada con la mayor diligencia, de forma que Domingo quedara satisfecho y moviera los hilos necesarios para superar mi veto, lanzara mi novela, con o sin premio, y volviera a hacerme encargos como antes de mi indiscreción.

A los finalistas de segunda no se les paga el viaje, pero sí se les deja llevar un acompañante a la cena. Con la habilidad de la práctica fui sonsacándoles sus historias. Estaba Damián, el ingeniero que llevaba toda la vida deseando escribir una novela y, recién jubilado, finalmente lo había conseguido. A ese le dije que Frank McCourt publicó *Las cenizas de Ángela*, su primera novela, a la misma edad y ganó el Pulitzer con ella. Su simpatiquísima mujer le dijo que confiara en sí mismo mientras nos servían el primer plato, rape con gambas. Buen sabor, aunque frío. El segundo finalista, Eulogio «por favor, llamadme Logi», había venido sin acompañante. Este era, por una vez, un escritor profesional... de guías de viajes, que había escrito una novela negra ambientada en el antiguo egipcio. A diferencia del primer finalista, este no tenía ninguna timidez. No tuve que mencionarle la similitud de su novela con las de Christian Jacq, fue él quien sacó a ese autor a relucir como una clara influencia. Me abstuve de dar mi opinión sobre *La pirámide asesinada*, la única obra suya que he leído porque no me gustó.

Nos sirvieron la carne, una carrillera, y el vino tinto cuando le tocaba contar su historia a la tercera finalista, Dolores, una empleada del ayuntamiento de Murcia que había venido con su marido. Fue este último quien nos contó lo preciosa que era la novela que había escrito su mujer. Basada en su bisabuela, una mujer, como no, adelantada cien años a su tiempo, feminista antes que nadie, gran luchadora y, no podía faltar, una lesbiana de corazón que consiguió vivir su pasión al margen de toda la sociedad de la época. Su mujer, enrojecida por el vino y la efusividad de su pareja añadió que había hecho un máster de

escritura creativa y que su proyecto fin de máster era la novela finalista. La mención a Virginia Woolf como gran influencia me hizo temer lo peor. No discuto sus indudables méritos, sí los de todas sus imitadoras. Ganó muchos puntos cuando comentó que había contratado una corrección de estilo, lo que no habían hecho los otros dos finalistas. Bien por ella. Como estos últimos años he leído infinidad de primeras novelas para malganarme la vida volví a preguntarme por el proceso de selección de los diez finalistas. No veía posible que entre las más de mil novelas presentadas al premio no hubiera diez que al menos hubieran pasado todos los filtros necesarios para que fueran publicables en las dos semanas que mediaban entre el anuncio del premio y su lanzamiento.

Nos estaban sirviendo el postre, unos canutillos de crema acompañados de helado cuando le tocó a Tina contar cómo había acabado allí. Nos explicó que había escrito una novela de intriga y que la presentó sin pensar, que estaba sorprendida de que hubiera resultado finalista. Así como con el resto había sabido sonsacarles con Tina me bloqueé. Ni siquiera llegué a preguntarle si su novela, *El caso Intermediario*, se basaba en algo que le hubiera pasado, lo que es muy habitual, o si había contratado una corrección de estilo como Dolores.

Domingo se levantó mientras servían los cafés para indicar que se iba a proceder con el paripé de la votación.

Es posible que no todos los premios literarios españoles están preasignados. De hecho, estoy seguro de que habrá muchos que no lo estén, incluso de gran dotación económica. Me gustaría creer que el premio Universo es la excepción, no la norma. Me preparé para la pantomima. En la primera votación eliminaron dos de las

novelas. Una con pseudónimo y la de Damián, nuestro ingeniero jubilado. Reaccionó afirmando que no volvería a escribir nunca más. Mi preparada respuesta le animó a seguir haciéndolo por su propio placer, le sugerí una corrección de estilo y que si no encontraba editorial no se preocupara, que podría autopublicar para darle una copia a sus familiares y amigos, que eso lo tendría siempre. Finalicé sugiriéndole que disfrutara de la experiencia y no se obsesionara con ninguna cifra: ni ventas ni costes. Su encantadora mujer me apoyó al añadir que era el *hobby* más barato que había tenido nunca. Se rio al recordar lo que les costó el viaje a Australia para practicar submarinismo en la barrera de coral. Todos lo hicimos.

Parecía más animado, aunque quizá fuera por su gin tonic, cuando Domingo exigió atención para decirnos que el jurado ya había realizado la segunda ronda. En esa eliminaron a cuatro finalistas, uno con pseudónimo, otro con su propio nombre, pero que no había acudido a la cena puesto que no estaba con nosotros, y dos de mis compañeros de mesa: la admiradora de Virginia Woolf y el imitador de Christian Jacq. Dolores se lo tomó bien y Eulogio mal, convencido de la extraordinaria calidad de su obra. Afirmó que lo lamentarían ante el éxito de su novela, de la que ya tenía pensada una continuación que se convertiría en una gran saga protagonizada por su escriba investigador.

Ya solo quedaban cuatro finalistas, uno de ellos Tina. Me mantuve callado mientras todos le daban ánimos. Los comensales de la mesa nueve mostraron un nerviosismo y un entusiasmo por su recién encontrada colega que, claramente, ella no manifestaba. Y la decepción que siguió a su eliminación como cuarta fue

absolutamente sincera. Brindamos con cava por el éxito de todos. Fue entonces cuando el entusiasta marido de nuestra administrativa del ayuntamiento de Murcia sugirió que se creara un grupo de WhatsApp. Damián y Eulogio se mostraron entusiasmados. Este último fue quien creó el grupo, al que llamó *Los ignorados del Universo*. Tina se mostró reticente, pero al final accedió a unirse al grupo ante la insistencia de todos, incluido yo. Se vengó de mí a continuación sugiriendo que yo también me incorporara en recuerdo de la noche. Inicialmente me mostré inflexible en mi negativa, dado que yo no había presentado ninguna novela. Un ladeo de cabeza y un pestañeo de ojos de Tina consiguieron que me rindiera y diera mi número de móvil. Disimulé mi sonrisa llevándome la copa de cava a la boca: había conseguido el número de una mujer extremadamente atractiva e interesante sin ningún esfuerzo.

El tercer finalista, y el último sin premio, fue un escritor con pseudónimo.

—Vaya putada, se ha quedado con la miel en los labios —dijo Eulogio.

—¿Creéis que estará por aquí? —pregunto Dolores, mientras oteaba a la búsqueda de alguien que se estuviera tirando de los pelos. No lo encontró entre los varios que se levantaron aprovechando el tiempo entre votaciones.

Ya solo quedaban los nombres de los ganadores, quienes resultarían sobradamente conocidos y cuyas obras estarían absolutamente pulidas para, tras una campaña de medios apabullante, conseguir una distribución de cientos de miles de ejemplares en apenas unos días con el objetivo final de encabezar

las listas de éxitos durante meses. Para ello el boca a boca debería acompañar, lo que no había pasado en las últimas ediciones. Domingo, con su traje blanco impecable, se preparó para anunciar el finalista. Su rostro apareció en las dos pantallas gigantes preparadas a tal efecto.

—Llegó el momento de anunciar el finalista. Ha sido bastante reñido, pero el premio de un cuarto de millón de euros corresponde finalmente a la novela presentada con el título *La casona* con el pseudónimo *Princesa de cuento*. El jurado ha valorado la historia de varias generaciones de mujeres adelantadas a su tiempo a lo largo del siglo XX y la narración no lineal de la misma.

—Parece la historia de tu novela, cariño —dijo el marido de Dolores.

Y el de cientos de novelas escritas por mujeres en este siglo, pensé, pero me abstuve de hacer ningún comentario al respecto.

—Y el autor detrás del pseudónimo es... —recitó Domingo exagerando la pausa para darle tensión dramática.

—Leeré la novela en cuanto salga —siguió el abnegado esposo, que se dirigió a su mujer—. Estoy seguro de que la tuya es mejor.

—Federica Trueba —anunció el imitador de Tom Wolfe mientras se levantaba para aplaudir—: Federica, por favor, ven al escenario.

Observé cómo una mujer menuda con mechas azules en el pelo se levantó de una mesa ubicada en la segunda fila mientras el público imitaba a Domingo en sus aplausos y vítores con poco entusiasmo. Ni el nombre ni el rostro me sonaban de nada.

—¿Sabes quién es? —me preguntó Tina al oído.

—No —contesté de forma similar—. Y es extremadamente raro porque los finalistas son siempre celebridades con su primera novela o escritores que necesitan un empujón a nivel mediático.

—Quizá el premio del finalista sea de verdad —sugirió.

Negué con la cabeza y esperé a que la premiada recibiera las felicitaciones de todos los miembros del jurado a que me explicaran cómo una perfecta desconocida acababa de embolsarse un cuarto de millón de euros. No podía evitar pensar que yo podría haber sido quien estuviera ahí.

—Quiero felicitar a Federica por el premio a su magnífica novela. Muchos no la conoceréis, pero es la guionista de muchos de los capítulos de *Policías de Lavapiés*, entre otras series, además de gran amiga mía. Estoy seguro de que este premio será un gran paso en la carrera de una de las más firmes promesas de las letras española. Por favor, uníos a mí en un merecido aplauso.

Todos lo hicimos, con la excepción del enfadado marido de Dolores, quien mantuvo los brazos cruzados en todo momento.

—¿Ha habido rumores de quién podría ganar el premio? —me preguntó Tina en un tono perfectamente audible.

—En esta ocasión no —le respondí con un susurro. Nuestros compañeros de mesa dejaron de prestarnos atención.

—Perdona la indiscreción —me dijo al oído.

—Parece que ninguno se ha dado cuenta —le quité importancia antes de continuar—. No es lo habitual, por cierto. Siempre suele ser uno de los que se rumorean, aunque rara vez trascienda. He visto algunos escritores famosos pululando por aquí, quizá sea alguno de ellos.

En ese momento se oyó por megafonía un fuerte carraspeo seguido de unos golpecitos en el micro. Esta vez sí, el silencio se extendió sobre la sala. La expectación por un premio de ese calibre, más que el Planeta, más que el Nobel, lo garantizaba. Domingo Dulce retomó la palabra.

—Como he dicho antes, ha habido cierto debate por la calidad de la finalista, pero al final se ha impuesto una novela que todo el mundo estaba pidiendo a su autor desde hacía años.

En la pausa que hizo Domingo frunció el ceño. Se había salido del guion. Acababa de reconocer que era una novela esperada cuando se suponía que no debía conocer el nombre del autor porque el único finalista que quedaba estaba detrás del pseudónimo *Siempre libre*. Tina me dio un ligero codazo y, en cuanto me di la vuelta, hizo un gesto de incompreensión. No me dio tiempo a especular con ella porque Domingo continuó:

—Sé lo que algunos estáis pensando. —Me pareció que se dirigía a mí—. La explicación de que sepa el nombre del autor está en la misma novela. Ya no estamos en los tiempos de Cervantes y no hay ningún Avellaneda que se atreva a escribir una segunda parte de *El Quijote* sin pedir permiso al autor.

Intenté pensar en una novela española reciente sin continuación que mereciera una comparación con *El Quijote*. No se me ocurrió ninguna que destacara lo suficiente entre la miríada de continuaciones que el departamento de Marketing de Universo podría haber decidido promocionar con su premio más succulento.

—Abro el sobre por protocolo, aunque todos los miembros del jurado sabemos quién es el autor.

Sacó un papel del sobre, sonrió mientras asentía con satisfacción y, henchido de orgullo, anunció.

—El ganador de la sexta edición del premio Universo, el de mayor dotación económica del mundo, con un millón y medio de euros, es el magnífico escritor, autor de esta misma editorial, que consiguió con su primera y hasta ahora única novela, un beneplácito de público y crítica sin igual.

El que solo tuviera una novela publicada restringía muchísimo las posibilidades. De hecho, solo me venía a la mente una, que sabía era imposible.

—El ganador es... Clemente Prieto, con su novela *La nueva República*.

El alboroto que se formó entonces no lo había visto nunca en la entrega de un premio literario, ni siquiera este. Todo el mundo se levantó para buscar con la vista al escurridizo autor de *República*, la «penúltima» ucronía sobre lo que habría pasado en España si el bando republicano hubiera ganado la Guerra Civil y que tuvo un éxito masivo hacía ya seis años. Llevaba tiempo prácticamente desaparecido, al margen de la industria y los medios, tan solo receptivo a algunos elegidos a los que podía considerar amigos. Con *República* el controvertido y admirado autor consiguió ofender a derechas e izquierdas por igual. Su impacto en la cultura y política española fue enorme, tan grande como el ligeramente anterior *Patria* de Aramburu.

—Parece que hubieras visto un fantasma —me dijo Tina al oído.

—Es imposible —contesté.

—¿Cómo? —preguntó a qué podía referirme.

—Conozco a Clemente desde hace años, a raíz de su primera novela. Podría decir que somos buenos amigos, en la medida que alguien como él pueda adquirir un afecto real por alguien que no sea uno de sus personajes. Cené con él hace apenas unos meses y me dijo que no soportaba las presiones que estaba sufriendo para escribir esta continuación, que había abandonado el proyecto y que estaba dedicando su tiempo a escribir otra novela.

—Un millón y medio puede cambiar la opinión de cualquiera. Bajé la voz aún más para responder.

—Me dijo que le habían prometido el Universo y, perdona por ser explícito, que les dijo que se podían meter el premio por el culo. Además, el título no es el que tenía previsto. La continuación se iba a llamar *La caída de la República*, no *La nueva República*.

—Pues ha debido de cambiar de opinión. ¿Lo has visto por aquí?

Negué con la cabeza antes de preguntar.

—¿Leíste la novela?

—¿Hay alguien que no lo hiciera?

—¿Y qué opinas de ella?

—Me gustó muchísimo. Me pareció superoriginal.

—En realidad no lo es tanto. Se han escrito múltiples novelas sobre la premisa de que Franco no hubiera ganado la Guerra Civil.

—¿De veras? No lo sabía.

—Una de ellas hasta ganó el Planeta¹. —Tina asintió sin decir nada—. Pero eso no le quita ningún mérito. Es magnífica. Los personajes, la trama, el mensaje. Mi novela favorita del siglo, sin

duda. —Nervioso, me incorporé para buscarlo—. No lo veo por ningún sitio.

—Aparecerá enseguida.

—No puedo entenderlo —musité para mí.

Por fin se redujo el ruido a un nivel aceptable mientras todo el mundo buscaba al premiado. Domingo volvió a tomar la palabra.

—Clemente, te he visto antes, ¿no vienes a recoger tu premio?

Esas palabras consiguieron que todo el mundo callara por fin. Domingo se levantó para otear en todas direcciones.

—Te he visto antes de entrar en la sala —dijo subiendo el tono, con enfado—. Y durante la cena. —Señaló a una mesa en las primeras filas, lo suficientemente escondida para que yo no me hubiera fijado en ella—. Déjate de bromas.

De repente se oyó un grito y el sonido de vidrio haciéndose añicos. Todos nos volvimos hacia la fuente. Una de las camareras señalaba al techo, justo encima del escenario, con una bandeja en el suelo y trozos de copas rotas desperdigados por el suelo. Debí de tardar en reaccionar porque al grito inicial se unieron otros mientras las miradas y manos se dirigían hacia donde señalaba la chica. Por fin los imité y giré la cabeza en esa dirección. Me dio tiempo para observar cómo Domingo giraba la cabeza noventa grados hacia arriba. Cuando por fin mis ojos se clavaron en el techo llegué a apreciar cómo un cuerpo se desplomaba desde la tramoya sobre la mesa donde estaba el jurado, destrozándola.

Entonces fui el primero en reaccionar. Corrí hacia el escenario mientras se oían gritos por doquier. De un par de saltos subí por la escalera lateral y llegué hasta el cuerpo ensangrentado que se encontraba al lado de Domingo, quien no se había movido, el

rostro completamente hierático y lívido, su traje blanco salpicado por una miríada de gotas de sangre. Estaba boca abajo y no se le veía el rostro; pero la mole de Clemente Prieto y, sobre todo, su larga melena morena y rizada, que iría acompañada por una poblada barba, eran perfectamente reconocibles. Me agaché con la intención de darle la vuelta para asegurarme.

—¡¡¡No lo toques!!! —oí a Tina avisarme desde atrás, paralizándome.

Me giré hacia ella en busca de explicaciones. Agité la cabeza en negación. Tina no era la persona adecuada para darlas. Lo hice a continuación hacia Domingo Dulce, todavía una estatua a escasos metros de mí y le pregunté con todo mi odio:

—¡¡¡¿Qué le habéis hecho, hijos de la gran puta?!!!